

«actores» del período democrático 1920-1973. En el primer caso, la dictadura pulverizó el segmento «burocrático», motor político de esa clase social. En el segundo caso, redujo la masa proletaria a menos de la mitad, mientras destruía en parte, y controlaba el resto de su organización sindical nacional. Ambos cambios produjeron una misma consecuencia: los dos «actores» motores del «nacional-populismo» predictatorial quedaban deshechos, reducidos a «masas» con identidad social, pero sin capacidad protagónica como «clases». La «estructura de clases» había sido sustituida por un apilamiento de «masas sociales» anómicas, en disponibilidad política³⁴.

En el momento de «conceptualizar», la «revuelta de los pobladores» dejó de verse como una lucha legítima de resistencia a la dictadura, para ser definida, a cambio, como un «expresionismo» de masas anómicas, sin consistencia ni «proyecto de clase»³⁵. Los «pobladores», grandes protagonistas en la «protesta», devinieron en masa anómica en la coyuntura de la «propuesta»³⁶. Se habló entonces de que la «rebelión» de las masas había fracasado en «derribar» la dictadura. La repetición de las protestas, por tanto, era una «rutinización» inútil, sin productividad política. Hasta 1984, la lucha «social» había producido una «transición invisible» a la democracia; pero desde ese año sólo cabía la transición «visible»; es decir, la transición estrictamente «política»³⁷. Por lo tanto, la «revuelta de los pobladores», después de 1984, no sólo era inútil, sino que, además, constituía, por su «anomia» intrínseca, una amenaza cierta de «desintegración social». La clase política y la clase media comenzaron a temerla. Se dijo que, así como antes dominaba el «miedo al Estado», la rutinización de las protestas estaba generando «miedo a la Sociedad»³⁸.

La principal conclusión que se derivó de esa «teoría social» fue la necesidad de constituir una alianza política de oposición, amplia, que retomando la tradición civilista predictatorial, negociara con los militares un programa pacífico de retorno a la democracia. Con ello se neutralizaba el riesgo de una «rebelión popular» de tipo anómico. Creándose, al mismo tiempo, un centro político pragmático y moderno que, apoyado en el Estado Liberal legado por los militares (pero retocado), asegurara la «governabilidad» de la Nación. La «governabilidad», en ese contexto, no podía asegurarse sino a través de un doble sistema de equilibrio: uno, entre la clase política civil y la militar; otro, entre el Estado y las «masas sociales en disponibilidad». Eso equivalía a diseñar un sistema político moderno, predeterminado, donde tanto los «actores sociales» como sus «interrelaciones», debían constituirse, no en base al reivindicacionismo libre, sino con arreglo a un plan general de equilibrio social. En ese sistema, como es obvio, el protagonismo debía radicarse en los políticos e intelectuales, y no en las masas anómicas³⁹.

En síntesis, entre 1984 y 1989, floreció una «teoría social» modernista, pragmática, neoestructuralista y neoliberal que, operando sobre la categoría de «governabilidad», sustentó la reorganización de la clase dirigente civil y democrática, la validación de un programa de «transición pactada», el soslayamiento de las «rebeliones populares», e hizo posible el repliegue ordenado, formalmente impecable, de la dictadura militar.

³⁴ J. Martínez y E. Tironi, *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación* (Santiago, 1985), passim.

³⁵ E. Tironi, «Pobladores e integración social», en *Proposiciones 14* (1987) y G. Campero, «Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar», *ibidem*.

³⁶ SUR, *Documentación, Hechos urbanos 28* (diciembre, 1983), pp. 3-4.

³⁷ M.A. Garretón, «Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile», *Proposiciones 14* (1987).

³⁸ J. Martínez, «Miedo al Estado, miedo a la Sociedad», *Proposiciones 12* (1986).

³⁹ G. Arriagada, *op. cit.*; también A. Touraine, «América Latina: de la modernización a la modernidad», *Convergencia, 17* (marzo, 1990).

Desde 1990, además, esa teoría sustentó el plan de gobierno del presidente Aylwin, convirtiéndose así, además, en una teoría «oficial»⁴⁰.

VI

A comienzos de la década de 1950, la izquierda y el movimiento popular chilenos habían experimentado una profunda crisis ideológica, orgánica y de identidad. La reflexión a que obligó esa crisis llevó al surgimiento, por primera vez en Chile, de una historiografía marxista. Entre 1949 y 1962, aproximadamente, la perspectiva histórica ocupó un lugar central en la recuperación de las identidades perdidas. Sin embargo, la estagnación del desarrollo industrial impuso por doquier las temáticas de la economía política, lo que determinó el desenvolvimiento acelerado de las teorías (estructuralistas) del «desarrollo» y «la dependencia», que desecharon el análisis histórico como «un fardo inútil». Los gobiernos sucesivos de la Democracia Cristiana (1964-70) y de la Unidad Popular (1970-73) jugaron a fondo esas cartas teóricas, perdiendo ambos sus apuestas⁴¹.

Entre 1984 y 1990, nuevamente, la teorización estructuralista desplazó al social-historicismo. Y, como en la década de 1960, se inició, después de 1985, la decadencia y dispersión de los grupos historiográficos perfilados más arriba. El grupo FLACSO, por ejemplo, no intervino en el debate evaluativo de las «jornadas de protesta». De hecho, su categoría central de análisis —el «campo político de fuerzas»— no lo capacitaba para conceptualizar adecuadamente el lado «social» de «lo político», y menos el «movimiento social», respecto de «los sistemas». Sus trabajos en «historia oral» lograr cubrir ese vacío. En consecuencia, la experiencia historiográfica acumulada por el grupo no fue suficiente ni para intervenir eficientemente en el debate iniciado, ni para revertir el paradigma neo-estructuralista en desarrollo. Sus últimos trabajos, centrados en el estudio particularizado de ciertas «mentalidades políticas», constituyeron una rutinación historiográfica, sin productividad teórica⁴².

De modo similar se rutinizaron las sesiones del encuentro de historiadores, al no exponerse en ellas investigaciones referidas al debate en curso. Las tesis de los historiadores jóvenes no lograron revitalizar el entusiasmo por la Historia. En junio de 1988 el Ecneotro realizó su última sesión⁴³.

Los historiadores del Grupo CERC, por su lado, tras la refutación de la historiografía conservadora, se concentraron en trabajo menores, en la realización de tesis doctorales, y en la actividad política de la transición pactada a la democracia. Insensiblemente, el grupo adoptó la «teoría social» levantada por sociólogos y científicos políticos. Después de 1990, parte importante de sus miembros ocuparon cargos relevantes en el Gobierno del Presidente Aylwin o en la Universidad⁴⁴.

La dispersión de los jóvenes historiadores del ICE tomó otro camino. Afectado por problemas de financiamiento —que le impidieron trabajar como equipo—, este grupo

⁴⁰ E. Tironi, *La invisible victoria* (Santiago, 1990).

⁴¹ T. Moulian, «Desarrollo político...», op. cit.

⁴² Entre otros, T. Moulian y I. Torres, *Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha, 1938-1946* (Santiago, 1988), y «La reorganización de los partidos de la Derecha entre 1983 y 1988», Documento de trabajo 388 (FLACSO, Santiago, 1988).

⁴³ Entrevista a M.A. Illanes, por G. Salazar, mayo 2, 1990.

⁴⁴ Entrevista a C. Gazmuri, por N. Nichols, abril 20, 1990.

no logró aunar criterios metodológicos ni temáticos como para asentar una «escuela» de historiografía marxista. Cada investigador trabajó conforme a sus propias ideas e intereses, lo que generó una dispersión temática y teórica sobrepuesta a la descohesión financiera. La desmembración del grupo se hizo inevitable. La revista dejó de salir en 1988. Y en 1989 el grupo era prácticamente inexistente, excepto para ciertos efectos partidarios⁴⁵.

El grupo editor de la revista *Nueva Historia* (Inglaterra) se dispersó, todavía, de otro modo: por el retorno de gran parte de sus miembros a Chile y por el distinto modo de inserción de esos retornados en el mundo académico local. Con algunas intermitencias, la revista ha continuado publicándose, pero ya sin respaldo orgánico, y sin el eco que tuvo durante el período 1982-1985.

Por su parte los historiadores-filósofos del CEL, afectados también por problemas de financiamiento, disolvieron, en silencio, su asociación. Cada uno de ellos continuó investigando y produciendo, pero de modo independiente, sin programa común. Sin embargo, aunque «independizada», al producción de Eduardo Devés, Carlos Ossandón y María A. Illanes ha sido relevante⁴⁶.

Dos grupos, solamente, han mantenido su actividad y orientación originales más acá de la «apertura»: el de ECO y el de SUR, cada uno en su respectiva «especialidad» (educación popular e investigación-edición). No han estado exentos de dificultades, sin embargo: los historiadores de ECO han resentido la escasez de investigaciones referidas al movimiento social-popular, lo que les ha impedido levantar una consistente teoría «social-historicista» aplicable al «trabajo de masas»⁴⁷. Los historiadores de Sur, en cambio, aunque más concentrados en la investigación, se han visto estrechados por la validación militante del paradigma neo-estructuralista, que tiende a copar los espacios institucionales y financieros. Las perspectivas de desarrollo de uno y otro grupos, sin embargo, no están cerradas, pero es claro que necesitan abrirse camino a través de una coyuntura general no inclinada al social-historicismo. Con todo, el trabajo educativo de ECO y la producción histórica de SUR, siguen teniendo amplia acogida entre sus destinatarios (base popular y mundo académico, sobre todos). Fuera de estos grupos está en el trabajo de los historiadores «independientes». Entre estos destaca —como se dijo— el aporte de Eduardo Devés en el estudio del movimiento obrero, de Carlos Ossandón en historia de las ideas, y de María A. Illanes en la historia de las ideas, y de María A. Illanes en la historia social del «bajo pueblo»⁴⁸.

Al parecer, lo que impide que la Historia se convierta en ciencia «orgánica» y deje de ser ciencia auxiliar parabólica, con las «desviaciones» epistemológicas propias de su oficio. Por ejemplo: volver la espalda al presente para engolfarse en el pasado (que, mientras más remoto, mejor); obviar los objetivos de investigación atados al debate coyuntural y gremialmente compartidos por toda una generación de historiadores; privilegiar la motivación y la opción temática individuales frente a la enormidad conglomeral del pasado; persuadirse que la científicidad se agota en la mera profundización empírica y monográfica de ciertas casuísticas particulares o singulares; desva-

⁴⁵ Entre las publicaciones significativas de este grupo cabe mencionar, de P. Quiroga y C. Maldonado, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas* (Santiago, 1988) y de C. Maldonado, *La milicia republicana. 1932-36* (Santiago, 1988). Entrevista a J.C. Gómez, por G. Salazar, abril 30, 1990.

⁴⁶ Un aporte importante fue el estudio de E. Devés. Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre (Santiago, 1988). María A. Illanes está concluyendo una importante historia social de la salud en Chile.

⁴⁷ M. Garcés, que publicó, junto con P. Milos FOCH, CTCH, CUT: las centrales unitarias del sindicalismo chileno (Santiago, 1988), trabaja actualmente en una historia social del movimiento popular.

⁴⁸ M.A. Illanes realiza, además de investigaciones históricas, tareas de Educación popular y Desarrollo Cultural en la Comuna de Peñalolén, en la perspectiva de desenvolver la conciencia histórico-social de los «pobladores».

lorizar la conceptualización teórica y los métodos de otras ciencias sociales, etc. Hay historiadores que, incluso, defienden esas «desviaciones» como si fueran el «alma» de su ciencia. La «historicidad» existe en los infinitos rincones monográficos del pasado, pero no en las tensiones y en el permanente gerundio del presente. Así, los hallazgos dispersos de la investigación histórica no se acumulan de modo coherente, ni a lo largo de un proyecto generacional, sino en función de un *laissez faire* que, notoriamente, pulveriza a los historiadores como «actor intelectual» de presencia nacional.

Ese *laissez faire* ha producido una acumulación historiográfica incompleta; más útil, en definitiva, a la reproducción del pensamiento conservador que al desarrollo social. Existe —como se señaló al comienzo— un enorme déficit en el conocimiento de la historia contemporánea del país. No se ha investigado en profundidad el movimiento histórico del empresariado. Ni el de las clases medias. Ni la estructuración y evolución del Estado en tanto que proyecto social hegemónico, o como sistema político. ni se ha estudiado a fondo la historia social del movimiento popular, salvo en aspectos y tramos parciales. Ninguno de los grandes problemas de arrastre de la sociedad nacional (desarrollo económico, conflicto social, constitución del Estado, ineficiencia de la dominación, impotencia reformista y/o revolucionaria, etc.) ha sido investigado al nivel necesario para producir fundamentos social-historicistas sólidos para la construcción de teoría política.

La ausencia de sólidos fundamentos social-historicistas ha determinado que, en cada situación crítica —que ocurren cada 20 o 25 años—, no sea el paradigma histórico, sino el ideologismo y la teoría estructuralista a-históricos, los que validen las propuestas normales de salida a la crisis. El resultado ha sido que los «actores sociales», sin conocimiento dinámico de sí mismos y de los otros, sólo se «intuyen» ideológicamente, actuando con dosis crecientes de egocentrismo y violencia políticas. Con el agravante de que el paradigma historiográfico predominante sobre todos ellos ha sido uno conservador, surgido en el siglo XIX, durante fases pre-industriales y pre-democráticas⁴⁹. De este modo, la conducta política a-histórica ha concluido por encauzar su creciente irracionalidad hacia las «acciones directas» contra el Estado (50).

El bajo nivel general de la ciencia histórica ha consolidado el «miedo al Estado» (represor), y el «miedo a la Sociedad» (irracional)⁵¹. Este miedo doble no sólo ha precipitado acuerdos prematuros en torno a sistemas de transacción más bien que en torno a soluciones de fondo, sino que, al mismo tiempo, ha institucionalizado ciertas conductas políticas de ineficiencia global⁵².

Sin embargo, es difícil que los historiadores puedan revertir esta situación. En parte, por sus «desviaciones profesionales». En parte, también, por la dificultad de financiar sus investigaciones, talleres y programas de «intervención» (se estima, con cierta razón, que esas actividades carecen de relevancia práctica en la coyuntura). Por último, debido a la tradición hegemónica del paradigma estructuralista en Chile.

Sin duda, la «crisis de paradigmas» que actualmente sacude la sociedad chilena (especialmente al movimiento popular y a la izquierda) exige, tal vez más que siempre,

⁴⁹ G. Salazar, «Violencia política popular...», *loc. cit.*, Introducción.

⁵⁰ *Ibidem*. Segunda parte.

⁵¹ J. Martínez, «Miedo al Estado...», *loc. cit.*

⁵² G. Salazar, «Conductas históricas de la clase política civil chilena. 1920-1973» (*Investigación en desarrollo*).

⁵³ Ver Editorial de Proposiciones 19 (Chile, Historia y «Bajo Pueblo») (mayo, 1990).

renovar y ahondar el conocimiento de la «historicidad» profunda de la sociedad chilena contemporánea⁵³. Esto plantea un fuerte desafío a los historiadores, ya que se requiere, para ello, quebrar la espina dorsal de sus «inercias» profesionales y asumir las tareas de una «ciencia orgánica». Hay, también, un imperativo ético: la espiral de irracionalidad política, que no afloró por mera casualidad en la década de 1950, y exacerbada sólo ayer, exige hoy el desenvolvimiento de todos los medios ideológicos y científicos a efecto de imponer, sobre esa irracionalidad, la racionalidad histórica profunda del afán de humanización que late en los movimientos sociales de base.

Gabriel Salazar V.

En las poblaciones (zonas urbanas marginales) de Santiago es donde más duró la resistencia al golpe militar y donde fue más violenta la represión.
(Imagen de una población)

